

su independencia, y asistimos a la labor editorial y literaria que desarrolló durante casi dos décadas en la revista *Zycie Literackie* con sus brillantes *Lecturas no obligatorias*. Comprobamos su afición a fotografiarse junto a los nombres de las ciudades que visitaba, su simpatía por los monos, sus opiniones sobre los más diversos temas, su devoción por Montaigne, Thomas Mann, Ella Fitzgerald, Federico Fellini y Woody Allen (*Midnight en Paris* fue la última película que vio) y confirmamos la fidelidad, diligencia y saber hacer de su secretario Michal Rusinek, jovial sombra que la acompañó desde la concesión del Premio Nobel de Literatura en 1996.

{46}

Trastos, recuerdos completa la media página que queda en blanco junto a los poemas de libros ya tan clásicos como *Llamando al Yeti*, *Sal*, *Fin y principio* o *Instante*. Y tanto en una como en otros encontramos la ironía y la profundidad sencilla y cierta de su autora.

A pesar de todo, Szymborska se nos muere en el regazo tras 642 páginas que hemos sostenido con las manos abiertas para recibir esa vida que sigue latiendo junto al lector. Lo bueno es que siempre que queramos puede volver a empezar.



De mar a mar, correspondencia entre Rosa Chacel y Ana María Moix, Editorial Comba, 2014.

Existe una armonía que permite que, después de varios meses sin recibir cartas, una mañana abra el buzón y encuentre toda una correspondencia.

Sesenta y siete misivas que, antes de encuadernadas y distribuidas, cruzaron el océano Atlántico entre 1965 y 1975 y llevan la firma de dos de las grandes mujeres de la literatura española. Son –fueron– Rosa Chacel y Ana María Moix, cuya amistad Río de Janeiro-Barcelona comenzó gracias a ese ritual de escritura y espera, sobre y sello, recepción y despliegue de papel.

En 1998 la editorial Península publicó este epistolario hace ya tiempo descatalogado. Hoy es la editorial Comba quien acierta en su todavía incipiente catálogo y publica *De mar a mar*, la

correspondencia entre Chacel y Moix, acompañada del prólogo y las notas de la profesora Ana Rodríguez Fischer.



La primera carta, enviada por una jovencísima Ana María, de 18 años, es un ejemplo paradigmático de cómo comienzan las grandes amistades: con admiración, interés y un punto de osadía. Tras leer la novela *Teresa*, de Chacel, Moix consigue su

dirección y le escribe una breve y respetuosa carta para felicitarla por su libro y solicitar los títulos de toda su bibliografía. Rosa, halagada, no se demora en su respuesta y establece así el inicio de una larga conversación en la que ambas autoras –una consagrada pero aún poco reconocida, la otra dando sus primeros y firmes pasos– forjarán una confianza por encima de las diferencias generacionales.

La cultura, interés fundamental de Chacel y Moix, centra al principio la temática de las cartas. Hablan de los escritores que las fascinan y Rosa se esfuerza

en encontrar y leer en Río los libros que tanto Ana María Moix como sus amigos Pedro Gimferrer y Guillermo Carnero, con los que también se carteó durante una temporada (el “trébol poético”, como los bautizaría), le sugieren, especialmente los de Faulkner y Gonzalo Suárez. Intercambian ejemplares y Ana María toma especial interés en recomendar la obra de la vallisoletana a sus compañeros de facultad. También discuten sobre cine y casi nunca están de acuerdo en sus gustos –las películas de Godard son su principal desencuentro– pero sí comparten el placer de olvidarse de sí mismas frente a la gran pantalla. Aparecen poco a poco los pormenores de la rutina y Moix le relata a Chacel su vida universitaria y los problemas políticos en los que se ve envuelta por defender lo que cree justo, a lo que Rosa responde y anima: “no hay más remedio que estar de ese lado”. Es entonces, aproximadamente al año de cartearse, cuando aparecen las confidencias, la mutua preocupación por el estado de salud, la cariñosa invitación al tuteo... Y también una necesidad mutua y confesada: el “además de esa obligación de sinceridad, tienes otra: la de proporcionarme la infinita alegría de tu comunicación, la de demostrarme que tengo importancia para ti, que ocupó un lugar entre tus afectos [...] de sentido superior”, en palabras de Rosa; también el miedo de Ana María a no recibir respuesta por haber aburrido a su interlocutora con problemas de chiquilla. Pero Chacel, que se refleja en ese espejo a más de 8000 kilómetros de distancia, aconseja a Moix, la instruye en la literatura, la regaña cariñosamente para que no sufra sin necesidad, para que se sepa fuerte y aprenda la vitalidad que debe haber en el fondo de todo pesimismo: “Veo en tu foto que eres sumamente fuerte. No temo ser demasiado exigente contigo”. Y Ana María disfruta esas

regañinas hasta el punto de solicitarlas y animar así a Rosa cuando cae en *panne*, en vacío creativo. Eso también fue pedagogía: aprender a ser –a seguir siendo– mujer y escritora.

En estas conversaciones de tono ya familiar asistimos a los hitos de la vida de ambas, compartidos siempre desde la modestia: la inclusión de Ana María Moix en la antología de los *Nueve Novísimos* de Castellet, su primer viaje a París, la publicación de *Baladas del dulce Jim* o *Julia*, los esfuerzos de Rosa Chacel por publicar en España, con ayuda de Julián Marías, su libro de memorias *Desde el amanecer*, la relevancia que fue ganando la novela *La sinrazón*, la inclusión de algunos de sus cuentos en antologías españolas gracias a la ayuda de su joven amiga...

Es, al fin y al cabo, la historia de un aprendizaje, de una amistad contada en cartas, llena de intrigas y curiosidades, con un final abierto por no impreso. Es, más allá de una comunicación entre escritoras y la “alegría infinita” de mantenerla, literatura. “Sería maravilloso poder hablar de las cosas que no se pueden ni se deben escribir”, escribió Rosa. ¿Cómo se ejercería hoy este magisterio mutuo, cómo crecería esta amistad que ya no pesa como el papel? Hay historias que tienen su formato y esta pertenece al ilustre género de las cartas que llegaron, a través del cielo, de mar a mar.



En el fondo. Pide una copa, paga Proust, Begoña Huertas, 451 Editores, 2009.

Ahora que la monogamia no es un valor en alza (¿alguna vez lo fue de verdad?), se libra en nuestro cerebro una lucha (otra más) entre